

pero fueron rechazadas y hechas pedazos las columnas que avanzaban por el Ingenio.

El ejército nacional volvió á las Cumbres de Aculcingo, en un orden perfecto.

Almonte, entretanto, legislaba al viento.

De su efímera administracion solo subsistió su célebre decreto de 24 de Octubre de 1862.

Segun él, todos los mexicanos estaban obligados á desempeñar los cargos y comisiones que les confriera Almonte, ó sus agentes. Los que se escusaran ó renunciaran serian juzgados como reos de *desafeccion*, y espulsados de la República por el término de seis meses á dos años.

Este decreto sirvió tambien al imperio mas tarde, para castigar ese nuevo delito inventado por Almonte, de *desafeccion*. Con justicia decia Proudhom que el crimen está en la ley.

En vano se intentó que varias poblaciones pequeñas de la costa secundaran el pronunciamiento en favor de Almonte: esa farsa quedó limitada á representarse en un círculo mas pequeño: el desengaño fué completo.

Y sin dinero, sin hombres y sin prestigio, el gobierno de Almonte cada dia era mas risible, hasta que la mano brutal de Forey vino á despertar de su dorado sonambulismo al que se creia gefe supremo de la nacion.

V.

En los últimos dias de Setiembre de 1862 llegó Forey á Veracruz.

La Francia se electrizó al saber que su bandera habia retrocedido ante los muros de Puebla: y el gobierno francés aprovechando ese arranque de la opinion pública á su favor, nos enviaba treinta mil hombres para probarnos el buen derecho del negocio Jecker.

Forey era célebre, no tanto por sus campañas en Argel, ni por haber sido el gendarme que aprehendió á los diputados en la cámara francesa el dia 2 de Diciembre, sino por su asombrosa locuacidad, y por su manía de sazonar frecuentemente su locucion con los numerosos refranes que sabia.

México es un país excepcional, y en el carácter de sus habitantes entra algo de malignidad cáustica que lo hace burlarse de todo, aun en las circunstancias mas difíciles de una mala situacion.

Pocas reputaciones europeas han pisado nuestro suelo, que no hayan dejado en él como único recuerdo... ¡su caricatura!

A los pocos dias de llegado Forey, en todo el país se le conocia con el apodo de Sancho Panza.

Y sin embargo, su primer acto fué muy aplaudido.

El dia 24 de Setiembre dió un acuerdo destituyendo á Almonte del puesto que usurpaba, por haberse erigido ese gobierno fuera del concurso de la Nacion, y sin la aprobacion del gobierno imperial.

Tal fué el último fiasco del traidor.

El dia 24 dió Forey su primera proclama, en la cual declaraba, á nombre de su emperador, que venia á derrocar al gobierno constitucional del Sr. Juarez, y á que se eligiera otro por el pueblo manumitido por las armas francesas.

Desde entónces comenzó Napoleon III á ser sincero: ya se sabia á lo que venia: cuanto habian dicho, pues, sus órganos oficiales en la prensa y en la tribuna del cuerpo legislativo, era, pues, una mentira.

Innumerables fueron las proclamas que siguieron á esta: conforme avanzaba Forey para Orizaba expedia algun manifiesto en cada posada adonde pernoctaba despues de la jornada del dia.

Al fin llegó á Orizaba.

Alternativamente expedia Forey sus proclamas y sus decretos; porque legisló en el país!

Comenzó á nombrar ayuntamientos, valiéndose del sistema de *notables*, como sucedáneos del sufragio popular: era el plan que traia de Francia para organizar el nuevo gobierno; y á los mexicanos recalcitrantes que no aceptaran los cargos con que se les honraba eran desterrados á la Martinica. Igual pena se aplicó á los prisioneros de guerra.

Durante ese período de transicion habia caido sobre México una horrible desgracia.

Zaragoza, el héroe de Mayo habia sucumbido de fiebre. Cuantos esfuerzos se hicieron para salvarlo fueron inútiles, despues de que hubó un error de diagnóstico.

La República se cubrió de luto: y no del luto oficial, sino de ese luto que lleva el pueblo en su corazon comprimido por una calamidad nacional.

Gonzalez Ortega le sucedió en el mando.

Lleno este hueco de nuestra historia, y vuelvo á Forey.

El gobierno de México dispuso que marchasen libres á su campo los prisioneros franceses hechos el dia 5 de Mayo, que habian quedado curándose en la ciudad de Puebla.

Gonzalez Ortega los envió con una carta para Forey: este contestó con una descortesía.

La República saludaba á su enemigo con caballerosa galantería ántes de batirse.

Pero aglomeraba sus medios de defensa, y las fortificaciones de Puebla avanzaban rápidamente.

El ejército francés, es decir, los 35,000 hombres, permanecian en una inesplicable inaccion.

Solo mas tarde se supo que por una imprevision indisculpable le faltaban víveres, medios de transporte, en fin, cuanto necesitaba para moverse una masa de hombres tan considerable.

Los Estados-Unidos ministraron todo.

Pero habian trascurrido cinco meses y medio, y durante este tiempo, los mexicanos habian cuidado de retirar al interior del país cuanto elemento podia servir al invasor.

Este se encontró, pues, al país desolado.

Las flores que la traicion habia prometido al extranjero se trocaban en espinas.

El espíritu nacional se levantaba entre tanto digno y se-

vero, pero tranquilo en su enojo. Se respetaron á los extranjeros de todas las nacionalidades, y no se permitió una sola represalia.

Despues de tan larga expectativa se movió al fin con grande aparato el ejército invasor hácia el interior del país.

Los mexicanos se alistaron al combate, y las fortificaciones de Puebla se cubrieron de soldados.

El presidente de la República y su ministerio habian visitado la ciudad heroica y habian condecorado á los soldados de Oriente con las medallas decretadas por el Congreso.

Pasada esta solemnidad tan tierna y tan patética, la ciudad tornó á ese silencio tan magestuoso que precede á los grandes sucesos.

Los girondinos tambien brindaron y se ciñeron de flores ántes de ir á morir por la libertad.

Por un momento tornaré á rectificar á Kératry.

Evidentemente que este escritor trabajó su obra bajo el plan que dá Leonardo de Vinci á los pintores de cuadros históricos.

Al héroe, á su figura principal; la colocan en primer término, y las demás figuras, dibujadas en menores dimensiones y tocadas con un colorido mas débil, quedan en segundo término para que resalte sobre todos el personaje elegido.

Por eso Kératry censura y atenúa los actos de cuantos intervinieron en esa expedicion. Solo el mariscal Bazaine está retratado con valentía.

Conforme con este programa, Kératry reprocha á Forey la inaccion en que permaneció durante tanto tiempo, y la lentitud con que dirigió las operaciones militares.

Sostiene el conde que si se hubiera procedido mas rápi-

damente, de un salto hubiera ocupado el ejército francés á México, sin haber tenido que pillar antes al país, lo cual es una confesion muy grave.

Pero olvida que tenia al frente un ejército inferior en número, en instruccion militar y en elementos de guerra, pero que estaba decidido á morir por su suelo y por su bandera.

Las grandes victorias las alcanzan los ejércitos pequeños.

Y mas inesacto es aún Kératry, al atribuir esa lentitud de Forey á la poca prevision para aglomerar los medios de ataque. La causa mas probable es que el general en jefe buscaba el baston de mariscal de Francia, y necesitaba una corona mural para su frente. México debia dar el sangriento precio de ese laurel.

El 22 de Marzo tronó al fin el cañon de alarma en los fuertes de Guadalupe: el sitio comenzó.

¡Ojalá y no estuviera limitado á las pocas hojas que me he atrevido á escribir despues del escritor francés! Con placer haria la historia épica de ese espléndido sitio, que duró 56 dias y que contó por cada dia una victoria alcanzada por el ejército nacional.

Diga Forey lo que guste en el parte que dió á su gobierno de aquel sitio, hay una prueba viva y palpitante de que fueron vencidas frecuentemente las columnas de asalto: dentro de la plaza habia numerosos prisioneros franceses.

San Javier, Pitiminí, la Penitenciaría..... imposible es narrar cada punto en los que se cubrió de gloria la bandera de la República, desgarrada por la metralla, pero alzándose altiva entre el polvo que levantaban los escombros de la ciudad que se desplomaba bajo las bombas del invasor.

De calle á calle, de manzana á manzana, de casa á casa, se combatia pecho á pecho, cruzándose las bayonetas, rompiéndose las espadas, y haciéndose los tiros á quema ropa.

Al fin se convenció Forey de que jamás tomaria la ciu-

dad por asalto, y comenzó á levantar su campo cubierto en el cerro de San Juan para pasar la estacion de las aguas. Kératry mismo lo atestigua.

El ejército del centro colocado fuera de la ciudad y en expectativa de los sucesos, molestaba sobremanera al sitiador: este intentó sorprenderlo. El 8 de Mayo, en efecto, fué derrotado Comonfort, apesar del valor con que este general quiso contrarestar su mala fortuna.

Entónces se perdió dentro de la plaza toda esperanza de ser auxiliada la guarnicion.

Se hizo una tentativa mas de introducir á la plaza un convoy, porque en la ciudad ya no habia víveres. El hambre era espantosa, entre los habitantes sobre todo, pero todo fracasó.

El general en jefe solicitó saber bajo qué condiciones se haria una capitulacion honrosa, saliendo la heróica guarnicion de la plaza con su arma al brazo y sus banderas desplegadas al viento.

Forey admitió, pero queria que ese ejército se retirara á Orizaba, y allí permaneciera neutral.

Gonzalez Ortega rechazó esa condicion.

En cambio meditó un sublime sacrificio: que aquel ejército se suicidara en masa.

Gonzalez Ortega, despues de oir un consejo de guerra, espidió el dia 17 de Mayo de 1863, la órden general previniendo que el ejército se disolviese rompiendo sus armas, clavando sus cañones, y que los gefes y oficiales se reunieran en el atrio de Catedral y en el palacio para constituirse prisioneros.

De las municiones de guerra no se hablaba, porque todas se habian agotado.

Y al mismo dia, á las cuatro de la mañana se participaba á Forey la determinacion tomada, á fin de que ocupase la ciudad.

El viejo general francés tembló de despecho al ver que le arrebataban aquel triunfo á la hora de vencer.

La ciudad fué ocupada, entrando Márquez con sus horδας á la vanguardia: un destacamento de zuavos tuvo que reprimir los desórdenes que cometian aquellas bandas: los buitres llegan siempre despues del combate.

Forey no desmintió su reputacion conquistada en Argel. Refundió en los cuerpos auxiliares de Márquez á los soldados del ejército de Oriente que pudo hacer prisioneros, y mas tarde condenó á muchos de ellos á trabajar en el ferrocarril bajo el clima mortífero de la costa. Redujo á prision á los gefes y oficiales mexicanos, enviándolos primero á Orizaba, y despues deportándolos, porque no se prestaron á firmar una denigrante protesta de no tomar las armas por su patria: y por último, calumnió á los gefes que lograron fugarse, diciendo que habian violado su palabra, cuando por el contrario, todos habian formulado la protesta mas solemne de continuar luchando luego que recobraran su libertad de accion.

Parece increíble que Forey encerrara una alma de este temple bajo aquella figura del Sileno griego con que lo habia dotado la naturaleza.

—
La República resintió aquel golpe en el corazon.

El gobierno expidió el dia 18 de Mayo de 1863 su célebre proclama participando á la República el desastre de Puebla, y excitando el patriotismo para hacer nuevos esfuerzos contra el invasor; pero desde aquel momento todo fué en vano; la moral pública comenzaba á perderse.

Comonfort renunció el mando y se encargó de él Garza, el cual quiso dictar medidas de vigor, cuando el pánico de los indiferentes y las intrigas de los traidores debian enervarlo todo.

Se pensó defender la capital; pero á la arrogante señora no agrada mirar su rica veste de seda manchada con sangre, ni sus aristócratas manos se permiten ensuciarse con la pólvora del fusil.

Fué preciso abandonarla, retirar de sus ojos el espectáculo de un pueblo que agonizaba desgarrado el pecho por el marrazo del zuavo, á fin de que pudiera con el ánimo tranquilo arreglar su tocado de flores y lazos azules para recibir á Almonte y Saligny.

Debemos confesar sin embargo que casi todo el pueblo, y todos los empleados de la nacion y hasta muchos artesanos abandonaron sus hogares huyendo del extranjero.

En medio de la angustia pública, cuando el gobierno con una precaucion realmente cautelosa y culpable, era el primero que lanzaba el grito de *Anibal ad portas*, tuvo lugar una ceremonia augusta, solemne y llena de una tristeza profunda que se estendió sobre el pueblo entero: hablo de la clausura del Congreso que tuvo lugar el dia 31 de Mayo.

¿Por qué no permanecian los representantes de la Nacion aguardando como los Senadores sentados en sus curules la llegada de los bárbaros que arrojaba á nuestro suelo la civilizacion europea?

El Presidente de la República salió inmediatamente despues para el Interior, designando la ciudad de San Luis para que fuera la capital de la República.

Su ministerio lo acompañaba.

Las tropas y los empleados salieron despues.

Pero desde aquel punto, aquella retirada tomó el aspecto de una derrota. Archivos, material de guerra, caudales, batallones, todo se perdió en aquel desórden terrible.

Violencias, fusilamientos, todo fué inútil para contener la desmoralizacion. Hasta mas tardé, comenzó á organizarse de nuevo el ejército en Querétaro, y se restableció algo mas la confianza pública.

El gobierno general llegó á Querétaro, y sin detenerse allí mas que un dia, continuó su camino.

Juarez y los suyos iban tranquilos.

Fuente, ese digno hombre de Estado cuya pérdida lamentó la República, al llegar á su alojamiento en Querétaro, pidió un ajedrez, juego al cual era muy apasionado.

Esos hombres sabian que era un deber morir en su puesto, y estaban tranquilos por tanto en su conciencia.

Las poblaciones del tránsito que veian pasar aquel cortejo, se descubrian con veneracion ante aquel grupo que representaba la encarnacion de la soberanía popular espulsada de su solio por la mano brutal del extranjero: el pueblo saludaba con tristeza aquella desgracia pública.

Nada pinta mejor esta situacion que las frases del mismo Kératry; repitámoslas: "Un gefe atento y reflexivo, debió haber notado que Juarez no habia sido arrojado por la poblacion. El gefe del Estado cedia el puesto á la fuerza, pero sin compromiso. Llevaba en su retirada el poder republicano, pero sin dejarlo caer de sus manos. Estaba abatido, pero no abdicaba." ¿Será sospechoso este testimonio para los que discutian aún la legitimidad del poder constitucional?

Volvamos ahora la vista á la capital, puesto que tenemos que seguir á la intervencion en todas sus faces.

Los partidarios vergonzantes de la intervencion, los tráfugas y los que solo veian en el cambio que iba á efectuarse, la posibilidad de obtener un empleo, se agitaron con entusiasmo, produciendo una excitacion formal en la ciudad.

Valor tardío que se producía cuando los liberales estaban lejos: valor prudente que se ostentaba despues del triunfo, mientras antes permaneció recatado.

Esta efervescencia pública alarmó á los propietarios y comerciantes, que tomaron á lo sério las bravatas de aquellos héroes de la víspera. Los cónsules extranjeros fueron

en comision cerca de Forey para esponerle la situacion, y suplicarle que ocupase la plaza.

Esta habia quedado encargada por el gobierno al ayuntamiento liberal, y á las fuerzas de Aureliano Rivera y Cuellar.

Forey, despechado de no poder ganar otro sitio que hubiera aumentado sus condecoraciones, mandó ocupar la ciudad lentamente: ¿qué aguardaba? ¿una demostracion hostil para simular un asalto?

El dia 4 de Junio de 1863, ocuparon los cazadores de Vincennes la garita de San Lázaro.

El dia 5 tomó el mando de la plaza el teniente coronel Potier; la division del general Bazaine no entró hasta el dia 7.

Forey hizo su entrada solemne el dia 11, llevando á Almonte á la derecha, á Saligny á la izquierda, y á Márquez á su espalda.

Solo así pudieron volver á pisar á México Almonte y Márquez.

Aquella entrada tuvo lugar enmedio de un entusiasmo ficticio, dice Kératry. Yo no creo esta aseveracion en toda su latitud: y me esplico aquella festividad mejor que el escritor francés, acaso porque me es mas familiar el carácter mexicano. La mayoría de la poblacion es una masa fluctuante, que raras, muy raras veces, tiene el valor de sus propias opiniones, y que, aun cuando estas eran contrarias á la intervencion, se agolpó á presenciar aquel acontecimiento, con la rabia en el alma, pero á impulsos de una insuperable curiosidad.

Pero los reaccionarios, los enemigos del partido liberal por opinion política, por principio religioso ó por interés, sí tenían un verdadero entusiasmo al ver derrocado un poder que tanto habian odiado.

Los propietarios, los ricos que habian tenido que satisfa-

cer los fuertes impuestos de la guerra, veian con placer que iban á cesar sus exhibiciones. Y alguna gente de la que se llama aristocracia, tambien se electrizó, creyendo que iban á presenciar la ereccion del feudalismo, y á pertenecer al cuartel nobiliario europeo que siempre habian soñado, gozando de sus títulos y prerogativas.

Toda esa gente se precipitó á las calles lanzando gritos de júbilo, quemando cohetes y arrojando flores, sobre las bayonetas francesas....., un *alud de flores*, como escribia Forey en su parte general del dia 10 de Junio de 1863. El general en gefe olvidó comunicar á su ministro de la guerra que esos cohetes y esas flores, y los gastos que hubo que hacer en su recepcion fueron pagados por el tesoro francés.

Solo el pueblo, el verdadero pueblo estaba mudo y sombrío al ver profanado su suelo y ondear en el viento una bandera extranjera.

VI.

Habia llegado el árduo momento de desarrollar el plan napoleónico, es decir, fundar un gobierno monárquico y estable, que diera garantías á la Francia oficial, para el pago de su deuda y de entera sumision á su influencia. Pero tambien era preciso que á ese gobierno se le diera el barniz que lo hiciera parecer como emanado del sufragio popular, libre de la coaccion de la minoría opresora: así se llamaba á los liberales.

Laborioso tenia que ser el génesis de aquel gobierno popular, pero que debia ser elaborado en el cuartel general francés.

El cinismo de Saligny resolvió aquel problema. A su iniciativa, Forey expidió el dia 11 de Junio, el dia mismo de su entrada, cuatro decretos, nombrando á García Aguirre prefecto político de la capital, á Azcárate prefecto municipal, el personal que habia de componer el Ayuntamiento y á los treinta y cinco que debian formar el llamado Consejo de gobierno.

Estos cuerpos actuarian sin estatuto ni código político alguno, puesto que no lo tenian; pero su norma debia ser la direccion francesa.

El Consejo, traduciendo la voluntad de las autoridades francesas, dió á su vez tres decretos, erigiendo un triunvirato compuesto de Almonte, Labastida y Salas, y sustitutos de estos á Ormaechea y Pavon. No economizaba el Consejo sus fórmulas decretales, aun cuando en una sola ley pudo haberlo hecho todo.

Despues expidió otro decreto mas, nombrando á los 231 notables que debian pronunciar cuál era la forma de gobierno que convenia á México. Esos notables serian considerados como los representantes del pueblo mexicano.

Sin embargo, los comitentes eran estraños á todo esto: la totalidad de los nombramientos habia recaido en los reaccionarios mas remarcados. Uno que otro liberal, de los del partido tímido y meticuloso que fluctuaba entre los rojos y los moderados, habian sido tambien nombrados para el cuerpo de notables; pero renunciaron ó se negaron á concurrir á las juntas.

Pero esta se instaló!

No hay quien no conozca la acta de la sesion del dia 10 de Julio de 1863, el dictámen de Aguilar y Marocho consultando la adopcion de la monarquía y la aprobacion de los cuatro artículos que componian su parte resolutiva.

La República quedó convertida en monarquía católica y moderada, ó mas bien dicho en imperio. La corona se dió á Fernando Maximiliano, y se dispuso que en caso de que este no aceptase se suplicaria á Napoleon III que designase otro candidato, católico se entendia.

Otros partidos, en otros paises y en otras épocas, habian cometido un crimen igual; pero se le habia dado algun disfraz, y nunca hasta entonces se sujetó á un país á una humillacion semejante.

En fin, la farsa estaba consumada y solo se aguardaba que el príncipe viniera.

Entonces se nombró la comision que fuera á Miramar á

ofrecer el cetro y á activar la venida de Maximiliano, que con tanta ansia aguardaba el partido imperialista.

Tenemos, pues, que trasladarnos tambien á Europa, adonde llevaré á mis lectores haciéndolos penetrar hasta el trono de aquellos reyes, que tenian sus ávidas miradas fijas en el fértil suelo del Anáhuac.

Napoleon III estaba en Biarritz, y desde allá enviaba sus agentes que debian consolidar su obra proyectada en México.

Porque esa obra, como el Hércules de la fábula, estaba condenada á luchar desde la cuna. En la cámara francesa comenzaba á tomar mayor incremento la oposicion que condenaba la empresa mexicana, apesar de la audacia con que mentia Billault, el abogado imperial, disfrazando los hechos, y hasta falsificando las fechas.

El resto de Europa aguardaba.

España discutia si debia ó no provocar que se reanudaran las convenciones de Lóndres, y si habia ó no obrado bien Prim al retirarse con sus tropas: era oportuna esa labor.

Inglaterra esperaba, sumida en un silencio profundo, pero teniendo fuertemente asidos en su mano los bonos mexicanos: acaso ni atendia á lo que pasaba divagada en calcular el monto real del interes de su deuda.

Maximiliano, entre tanto, habia logrado, lo mismo que Carlota, hablar perfectamente el español, que hacia tiempo aprendian.

De suerte que cuando la comision llegó á Trieste el dia 1º de Octubre de 1863 estaban ambos consortes aptos para recibirla.

Componian la comision Gutierrez Estrada, el padre Miranda, José Hidalgo, Velázquez de León, Aguilar y Maro-

cho, Murphy, Woll, Antonio Escandon, y Angel Iglesias como Secretario.

Esta comision, al llegar á Paris el dia 19 de Setiembre del mismo año de 1863, consultó al gobierno francés si primero debia pasar á los baños á presentarse al emperador, ó si se dirigia á Miramar: Napoleon le previno que directamente fueran á cumplir su mision cerca de Maximiliano.

El príncipe recibió á los comisionados el dia 3 de Octubre de 1863: dos años despues, y en la misma fecha, espedia el célebre decreto de 3 de Octubre de 1865, aniversario de la ceremonia en la cual se le ofrecia el cetro mexicano.

En 1866 circuló en la República una proclama de Maximiliano que recuerdo perfectamente haber visto en el Interior, y que despues no he podido encontrar en los impresos de la época. En ella decia que "si la corona le habia de costar una gota de sangre mexicana, abdicaria antes que derramarla." ¡Cuánto se cambia en un año!

Pero volvamos á Miramar.

Minutos antes de las doce del dia llegaron los carruajes al pórtico del castillo, y allí fueron recibidos los mexicanos por la servidumbre del archiduque, vestida de negro con bordados de plata una parte de ella, y la otra de blanco y azul.

Los monarquistas mexicanos, que no estaban habituados á ese lujo teatral de las cortes europeas, se quedaron estupefactos contemplando los dos gigantescos alabarderos que iban á la cabeza de la comitiva. Y todos, en su correspondencia familiar de aquellos dias, confiesan su admiracion con un candor infantil.

Llegaron por fin á un gabinete adonde los esperaba Maximiliano, vestido de frac azul y llevando al cuello el toison de oro y la gran cruz de San Estéban.

El presidente de la comision leyó su discurso, en el cual ofrecia la corona de México en un estilo humilde y contrito

que parecia imitado de un devocionario: faltaba á esos hombres hasta el talento de hacer menos rastrera su invocacion.

Maximiliano, por el contrario, breve y sencillo, manifestó que aceptaria el trono cuando la nacion ratificase con su voto el de la capital, y cuando las demas naciones le diesen las garantías suficientes para poner su imperio al abrigo de los peligros que lo amenazaran.

El archiduque leia en aquellos momentos el porvenir: ¿cómo tuvo, pues, la imprudencia de aceptar?

Espuso, ademas, que reinaria bajo un régimen constitucional, lo cual no ha de haber sonado de una manera muy grata á los oidos de los conservadores presentes.

Así terminó la ceremonia.

Despues siguió la presentacion de la archiduquesa y de todas las personas de su servidumbre.

En la noche fué el convite, al cual se presentó la princesa Carlota irradiante en medio de las joyas que cubrian su pecho y su tocado.

Era preciso que olvidaran los comisionados, que venian á ofrecer un vasto imperio rico y vírgen, que aquel príncipe solitario de Miramar debia algunos millones de francos.

Dos dias duraron los festines, dando el último el banquero Revoltella.

El dia 6 la comision se disolvió. Unos permanecieron en Miramar y los otros partieron para Alemania.

Cuando supo Napoleon lo que habia resuelto Maximiliano, vió que iba apenas á la mitad de su obra, y ordenó á su gabinete que dispusiera todos los medios necesarios para que el cuerpo expedicionario francés fuera al interior de México á recojer la votacion á favor del imperio.

Pero no podemos omitir, como ha hecho Kératry, los anales de Forey durante su mando superior en la capital.

Apenas se conoció el voto de los notables se dispuso un baile, en celebridad no solo de tan fausto suceso, sino de haberse instalado la Regencia del imperio.

La *Estafeta*, el periódico de Barres que tanto había adulado al gobierno liberal ó insultado á los conservadores hasta que lo compró Saligny; la *Estafeta* se atrevió esta vez á decir en su editorial del día siguiente al primer baile de palacio, que “el presunto rey había sido consagrado por labios seductores, ungido con champaña y coronado de rosas.”

Los periódicos conservadores no comprendieron cuánto tenía de ofensivo á la dignidad de su emperador esas burlonas palabras y las reprodujeron en sus columnas, haciéndolas suyas: esto ya llega al cretinismo.

Perdóneme el lector si le consigno aquí otro recuerdo; pero no puedo escusar nada de lo que retrate la expedición francesa.

La *Estafeta*, en ese mismo editorial decía lo siguiente, hablando de la república de México:

—“Erostrato, que incendió el templo de Efeso, entregó su nombre á la inmortalidad de la execración. El que ponga fuego á tantas miserables repúblicas que se estienden desde el Rio Bravo hasta el cabo de Hornos, no habrá hecho mas que desmontar la tierra. No gritamos ¡al incendiario! cuando vemos al anoecer en el sitio de una labor que el campesino quema las yerbas inútiles y los abrojos de su heredad. No por eso es menos pintoresco el paisaje, ni dejará de ser mejor la cosecha próxima. ¿Qué es lo que pudiera inspirarnos lástima? ¿Serian los reptiles y las orugas que se retuercen bajo la ceniza?—No tenemos, pues, un solo sentimiento de pesar por esa República que desaparece.”

Y sin embargo esa República había subvencionado á la *Estafeta* antes de que se coligara con Jecker, y los liberales habían sentado en sus mesas á su redactor, y le habían tendido su mano y le habían llamado su amigo.

Al fin de la obra citaré también otro fragmento de la *Estafeta*, á donde aconsejaba la abdicación á Maximiliano.

Me he divagado un momento.

Forey y Saligny eran los verdaderos regentes del futuro imperio.

El primero había decretado el día 21 de Mayo de 1863, es decir, á otro día de haber ocupado á Puebla, la confiscación de bienes contra todos los que combatieran la intervención francesa.

Esa era la prenda de conciliación que traía la Francia á México.

El día 15 de Junio de 1863 dió el mismo Forey un decreto permitiendo la publicación de periódicos que habían estado suspensos hasta entonces por orden suya. En ese decreto, redactado por el ministro francés, se prohibía que se discutiera sobre política, sobre la religión ni sobre los empleados de la administración. Muy poca materia quedaba, pues, á la prensa de que ocuparse; y sin embargo, sobre eso poco, quedaban aún los dos *apercibimientos* de la autoridad y al tercero la suspensión definitiva.

Era la libertad de la prensa que nos traía la civilización francesa.

El día 20 de Junio de 1863 decretó Forey la organización de las cortes marciales. Lacónica era esa terrible ley. Según ella, todos los defensores del país quedaban fuera de la ley, y las cortes pronunciarían contra ellos la sentencia de muerte, la cual sería ejecutada, sin apelación, veinticuatro horas después de concluido el juicio.

Era el lago de sangre que cavaba para siempre la Francia entre ella y la República.

¿Por qué ha omitido todo esto Kératry?

Muy pocos días después de haber sido ocupada la capital, un soldado francés encontró en la calle á una joven: le agradó, la siguió, y penetró en su casa detrás de ella; pero

esa jóven era casada y resistió al soldado. El marido de la señora defendió á esta de aquella brutal agresion; pero el francés tomó aires de invasor y quiso herir al jóven: este, entónces, agredió á su vez con una arma al soldado, pero sin lograr tocar al que así queria manchar su honor y atentar contra su vida.

El marido que así habia defendido la honra de su esposa fué fusilado en la plazuela de Santo Domingo. Esto causó una impresion terrible en la ciudad.

La picota fué otra institucion francesa planteada por el ejército espedicionario. De Potier, comandante de la plaza, estableció los *azotes*, y este infamante castigo se aplicó incesantemente á muchos desgraciados declarados culpables en la opinion del gefe francés, sin mas forma de juicio.

L'Estafette aplaudia los azotes y las ejecuciones secretas, y decia con una espantosa ironía, que el látigo daba *calosfrío en las espaldas de los malhechores*.—Ya se sabe que en el lenguaje de la intervencion, malhechores era una palabra sinónima de liberales.

El pueblo de México á su vez, con un terrible sarcasmo, denominó con el apodo de la casa de Pilatos el lugar adonde se aplicaba la flagelacion francesa. Era en el núm. 1 de la calle de la Moneda.

Nada de esto menciona Kératry en su apología del ejército francés.

Pero todos estos actos salvages, encontraban una plena aprobacion en los hombres de la intervencion.

El poder ejecutivo provisional, es decir, Almonte, condecoró á Forey y Saligny, con la gran cruz de la orden de Guadalupe, por decretos espedidos los dias 6 y 10 de Julio de 1863.

Mas aún, cuando quedó establecida la regencia, despues de la reunion de los notables, aceptó como suyos todos los actos y decretos del general en gefe del ejército francés, espedidos hasta el dia 25 de Junio de 1863, y los declaraba

vigentes, previniendo á los tribunales y funcionarios públicos, los ejecutaran é hicieran ejecutar.

Todavía mas.

Los desafectos á la intervencion fueron deportados unos, y otros encerrados en la cárcel denominada la Martinica.

Y los quinientos cuarenta y tres gefes y oficiales mexicanos, hechos prisioneros por los franceses, y que no quisieron juramentarse ofreciendo permanecer neutrales, fueron llevados á Francia.

Apesar de todo, el partido reaccionario no estaba satisfecho. Las leyes de reforma subsistian, en sus efectos al menos, y Forey no habia consentido en tocarlas, sobre todo la relativa á los bienes nacionalizados.

Su alarma creció mas en los últimos dias de Agosto, cuando recibió Saligny la orden de partir por haber sido relevado.

Los conservadores sintieron el golpe en el corazon, porque su instinto les decia que les iba á faltar su principal apoyo, y la regencia dirigió una nota pueril á Drouyn de Lhuys, pidiéndole que no se destituyese á Saligny. Todo fué inútil, y el ministro francés tuvo que partir, aunque trató de prorogar el dia de su salida con pretestos mas ó menos capciosos. Cuando se convenció al fin de que el gobierno francés rompía su instrumento, porque ya no le era útil, partió dejando recuerdos tristísimos en la República.

En el resentimiento que se profesaba á ese hombre, habia algo de despreciativo.

Nadie olvidaba su injusta agresion contra México, los insultos que prodigó á los hijos del país, la manera inconveniente como se atrevia á presentarse en los lugares públicos: aun algunos de sus cómplices en la obra intervencionista, se quejaban de él.

La señora de Muñoz Ledo, llegó hasta hacerlo responsable de la falta de muchos efectos de ropa y otros objetos que

fueron robados de los muebles en que estaban guardados, y cuyas llaves guardaba el mismo Saligny.

El ministro francés se escusó con solo su insolencia de aquel abuso de confianza, y la casa de Muñoz Ledo quedó muy arrepentida de haber dado hospedaje al representante de la Francia, lo cual habia hecho solo por salvarse de los liberales, á quienes temia sin razon. No digo un gobierno, si una gavilla se hubiera albergado en la casa de Vergara, las cosas hubieran pasado mejor para sus dueños.

Pero dejemos ya ese hombre que seguia el camino de Veracruz en Octubre de 1868, llena el alma de despecho. Lo que ignoramos es si aquella destitucion lo hizo perder ó no las ventajas que le ofrecia el negocio del suizo Jecker.

Tambien Forey fué llamado á Francia, endulzándole este golpe con elevarlo al rango de mariscal: parece que el gobierno imperial no estaba muy contento con sus dos agentes que habian ido mas allá de lo necesario al interpretar el pensamiento mas grandioso del reinado de Napoleon III; su celo tan exajeradamente oficioso, habia perdido á los dos héroes de la intervencion.

Sin duda la irritacion que debió haber inspirado en el ánimo de Forey el desaire imperial, pudrió sus entrañas hasta dictarle las horribles medidas que marcaron los últimos actos de su poder con el sello de una crueldad muy poco digna de quien tenia la honra de mandar un ejército francés.

En el mismo mes de Agosto de 1863, y ya en los últimos dias de la permanencia de Forey, hubo en Tlalpam una disputa entre los vecinos y los zuavos: uno de estos quedó muerto en la refriega.

Entonces Cousin, el comandante francés de aquel punto, con autorizacion del cuartel general francés, impuso una multa de seis mil pesos á la ciudad, pagaderos en cuatro dias: además, quedaban por orden del mismo gefe, suspen-

sas la administracion de justicia y la administracion pública.

Se aprehendió, además, á varios vecinos de Tlalpam, los que fueron conducidos á la capital, á fin de que sirviesen de prenda pretoria, disponiendo las autoridades francesas que por cada soldado ó traidor que fuera asesinado en Tlalpam, seria fusilado uno de los vecinos presos. Por último, si no se obedecian estas órdenes, la ciudad seria incendiada.

Larga seria la lista de los actos de este género cometidos por los franceses, si en este apéndice tuviera que consignarlos todos. Pero no se trata mas que de cubrir la falta de Kératry, llenando los huecos que ha dejado en su historia, y que pueden traducirse por una omision intencional.

Indispensable es, sin embargo, relatar que el entusiasmo de los afrancesados se enfrió muy rápidamente.

Los alojamientos habian disgustado á la poblacion entera: el carácter celoso de los mexicanos, que participa mucho de la susceptibilidad española, no les permitia estacionarse como un *épiciér* (tendero) ó como una griseta delante de un kepí de cazador francés, ó de una gorra de zuavo. Así es que lastimó profundamente la religion del hogar la profanacion que sufría con la forzosa aceptacion en la familia de un extranjero armado, y no muy respetuoso siempre de las conveniencias y deberes sociales.

La contribucion con que se substituyó el alojamiento, se hizo tambien muy onerosa.

Pero lo que no podian perdonar los conservadores á la intervencion, era la subsistencia de las leyes de reforma, especialmente que no se devolviesen á las comunidades y corporaciones eclesiásticas los bienes que habian poseido.

Labastida era el gefe de esa sorda predicacion contra los franceses.